

eligieron diputado por aquel Distrito á la Junta Departamental de Michoacan. Por demas está que entremos al palacio de aquella respetable asamblea, en la que brillaron los mas preclaros talentos del Estado, y las mas nobles virtudes cívicas, que adornar pueden á los hombres que todo lo quieren para la Pátria. ¡Aquellos hombres eran honrados!

La Santa Iglesia de Michoacan dejaba el negro crespon que le cubria por tantos años. Nuestro Santísimo Padre Gregorio XVI, de eterna memoria, queriendo dar á México un testimonio de su paternal solícitud, y haciendo á un lado los respetos humanos, de *motu proprio*, pide á los Cabildos Eclesiásticos y al Gobierno de la República, la *terna*, para proveer las Iglesias Catedrales de Obispos; y toca, por la misericordia de Dios, á Michoacan, un Santo Pastor, un sábio Prelado, un Obispo de oro, el Illmo. Sr. Dr. D. Juan Cayetano Portugal. Entonces, se abren otros concursos para llenar las vacantes, y presentado el Sr. Peña por instancias que le hicieron sus superiores, obtuvo el curato de Jacona y lo sirvió hasta el año de 1840, en que pasó á recibir en propiedad el de la villa de Dolores Hidalgo. Fresca está su memoria en dichas parroquias. Trazar un cuadro, para ver en él al Sr. Cura D. José Antonio de la Peña y Navarro desempeñando sus deberes en los tres curatos mencionados, seria para nosotros una obra de grande magnitud que, siendo por su naturaleza de difícil ejecucion, nos pondria en la evidencia, acusando nuestra torpeza é ignorancia en un arte tan difícil en la literatura, cual es la de los caracteres y retratos.

Lo que dejamos bosquejado en la época interesante de la vida de nuestro ilustre perso-

nage, es para el sacerdote católico, un rasgo que por su significado, debe llamar la atencion, á fin de rehacerse por el ejemplo, y de ser útil á los pueblos que hoy necesitan de curas, no mercenarios que abandonan sus ovejas para que las devore el lobo de la impiedad; sino celosos y dignos sucesores de los apóstoles, que como D. Vasco de Quiroga y D. José Antonio de la Peña han sabido dar su vida por sus ovejas. ¡Dios quiera que los párrocos sucesores del Sr. Peña, lo imiten en su celo y en la santidad de su vida!

IV.

El ministerio sacerdotal tiene ciertamente sus amarguras y sus lágrimas; pero tambien ofrece sus dulzuras y alegrías: en él, como en todas las instituciones, hay sus trabajos y sus recompensas, sus espinas y sus flores.

La Iglesia Católica regida constantemente por el Espíritu Divino, tiene ordenadas de tal manera las cosas pertenecientes á la propagacion de la Religion, que en todas ellas reina la armonía y el decoro, y sobre todo, la grandeza y dignidad del culto público que se rinde á Dios como á Supremo Dominador del universo. Los sacerdotes, son semejantes á los operarios y labradores que desempeñan sus comisiones impuestas por el propietario ó el amo de una heredad, el cual pone todo su esmero y cuidado en cultivar los terrenos para recoger ópimos frutos; por esto vemos á los ministros del santuario, unas veces de pueblo en pueblo instruyen-

do á los fieles en los deberes sociales y religiosos; otras curando sus dolencias, socorriendo sus necesidades temporales y espirituales; aquí recogiendo huérfanos y expósitos; allá los heridos y enfermos; en las plazas y calles de las ciudades, llevando el Pan de los ángeles; y en las montañas cubiertas de nieves eternas, donde tienen sus chozas los pastores, sentándose á la cabecera de los enfermos, para endulzar los últimos instantes de la vida del proscrito ó del soldado que ha derramado su sangre por los nobles intereses de su patria.

En el templo cristiano, en esa casa de oro en donde la oración del pueblo se levanta ante el trono de la Magestad Divina, como la suave y aromática nube del incienso que la mano sagrada del sacerdote católico dirige aquí y allí sobre la víctima del sacrificio; en ese lugar santo, donde el tabernáculo del Señor, brillando entre mil y mil antorchas símbolos de las virtudes del pueblo fiel, es donde con mas esplendor y grandeza se vé la noble figura del Sumo Sacerdote ataviado como el Esposo de los Cantares que nos refiere Salomon: ¡Oh cuán bellos son los pasos de los que evangelizan, y cuán terrible el trono en que habita el Hijo del Altísimo!

No estrañéis, lectores, este preámbulo, que á primera vista parece estraño á nuestro objeto; porque trazando rápidamente este rasgo biográfico de un sacerdote católico, cuya misión sobre la tierra fué de paz y de virtud, no podemos desentendernos del grandioso cuadro en que necesariamente debió figurar el oficio ó ministerio del hombre digno y justo, que supo llevar sobre sus hombros la inmesa carga que la Iglesia le impuso primeramente como párroco; despues como canónigo de la catedral de Morelia, y últimamente como Obispo de Zamora.

En todos los tiempos, la Iglesia, como en atalaya muy avanzada en el campo del Señor, ha cuidado con suma vigilancia de que los puestos públicos y honoríficos fueran ocupados por sujetos dignos, tanto por sus talentos como por sus virtudes; pero en la época difícil, no menos que azarosa, en que desgraciadamente se habia colocado el clero mexicano con la guerra de independencia, los nuevos Obispos tenian que depurar y escoger sacerdotes muy dignos, que ocuparan las canongías y demas prebendas del Capítulo ó Consejo Eclesiástico, que en union del Pontífice llevarian con prudencia y dignidad el gobierno y los intereses católicos de la Iglesia Mexicana.

Dejamos dicho que á Michoacan tocó por la misericordia de Dios, un Pastor solícito, un Obispo de oro, el Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Cayetano Gomez de Portugal, hombre de corazon noble y patriótico, que con sus virtudes y sabiduría ha esculpido su nombre en los fastos de la historia, no solo de Michoacan, sino de toda la nacion mexicana.

No nos detendremos describiendo los trámites que se seguian en aquellos días de prueba, para dar dignos candidatos que ocuparan las sillas vacantes del Cabildo de Morelia; porque basta el nombre ilustre del Sr. Portugal, para garantizar los procedimientos canónicos en los concursos y en la elecciones de los prebendados.

Nuestro Sr. cura propio Lic. D. José Antonio de la Peña y Navarro, desempeñaba perfectamente su sagrado ministerio en el curato de Dolores Hidalgo: sus acisoladas virtudes y su ardiente celo por la salud de sus feligreses, eran conocidas de todos; pues constantemente vigilaba á sus ovejas y ponía todos los recursos

de la caridad, para arrancar de los vicios á los que desgraciadamente apuraban hasta las heces el cáliz de los placeres. Todos sentían su influjo: el hombre mal entretenido que habitaba en los desórdenes encontraba la paz en un enlace legítimo; la niña pequeña seducida por los instintos brutales de un mal preceptor, era arrancada de su desgracia; el pobre deudor encontraba en el Sr. Peña un protector, y todas las clases de la sociedad un Padre.

Con tan estimables tesoros que ennoblecían al cura de Dolores, y mas principalmente con la virtud de la prudencia que adornó á tan ilustrado sacerdote, llamóse la atención de sus superiores, y con preferencia obtuvo la predilección del Sr. Obispo Portugal, quien atendiendo á los méritos del Sr. Peña, le nombró Prebendado Racionero de la Santa Iglesia de Michoacan.

Si en el ejercicio del ministerio sacerdotal fué nuestro Prelado un modelo de curas y un celoso defensor de la honra de Dios; tenemos mas de un testimonio que acredita su buena conducta y probidad por todo el tiempo que residió en el coro de la catedral de Morelia.

Bien pudiéramos copiar diversos nombramientos que aquel Venerable Cabildo le confirió para que desempeñara difíciles comisiones, y muy principalmente, cuando con tanta energía y valor defendió los sagrados intereses de su Iglesia; pero nos contentaremos con publicar el documento siguiente, que lo llevó á la silla canónica:

“Sello Quinto, seis pesos.—Años de mil ochocientos cuarenta y ocho y cuarenta y nueve.—**JUAN CAYETANO PORTUGAL**, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Obis-

po de Michoacan.—Por cuanto acordada con Nuestro Muy Ilustre y Venerable Cabildo, la provision de la Canogía vacante en esta Santa Iglesia Catedral por fallecimiento del Sr. Dr. D. José María Cavadas, procedimos el dia diez y ocho de este mes en union del mismo Venerable Cuerpo á la votacion del señor prebendado que habia de ascender á ella; y habiendo resultado elegido por votos secretos el Sr. Racionero Lic. D. José Antonio de la Peña, le hemos conferido la colacion y canónica institucion de la mencionada canogía con arreglo á lo dispuesto por los Santos Concilios Tridentino y Mexicano y por la ereccion de Nuestra Santa Iglesia. Por tanto, por el tenor del presente, mandamos sea tenido y respetado el repetido Sr. Lic. D. José Antonio de la Peña por canónigo de esta Santa Iglesia Catedral; que como tal no se le ponga embarazo alguno en el uso y ejercicio de todo cuanto por razon de su canogía, y por estar dispuesto en la ereccion de esta misma Iglesia le corresponda: que se le guarden todas las exenciones, honras y prerogativas debidas y que se hayan guardado á sus antecesores; y que se le acuda con los frutos, rentas ó preventos íntegramente segun lo prevenido en la repetida ereccion y disposiciones vigentes. Dado, firmado y sellado en nuestra casa Episcopal de Morelia á 22 de Enero de 1848.—*Juan Cayetano*, Obispo de Michoacan.—*José M. Arizaga*, secretario.”

Los notables acontecimientos que en el trascurso de 49 años tuvieron lugar en la vida sacerdotal del Sr. Peña, son muy dignos de ocupar la atención de nuestros lectores; porque en ellos se encuentran bellísimos ejemplos de abnegacion, de prudencia, de valor, piedad, forta-

leza, caridad y demas virtudes, que le hicieron con mucho tiempo antes de su muerte, merecer el honroso título de: *Varon Ilustre y Santo*.

V.

Bien pudiéramos citar aquí varios de esos acontecimientos notables; pero vamos á paso de gigante por la difícil senda que recorrió este sacerdote ejemplar. Tenemos, no obstante, que detenémos al aspecto horroroso, terrible y amenazante de aquella catástrofe que convirtió en cenizas y escombros la hermosa casa situada en la esquina inmediata al cementerio de San Francisco en Morelia.

El fuego envuelto en densas nubes de humo salia formando un torbellino de entre las maderas de una carpinteria que estaba en la cochera de aquella casa. Como en todo siniestro se ignora el principio, así en este incendio no pudo averiguarse quien fuera la causa de semejante desastre.

La campana mayor de Catedral y con ellas de las otras iglesias, tocaban á fuego en aquella noche de tristes recuerdos: las autoridades salieron violentamente y se presentaron en el lugar del gran peligro para toda la ciudad: la tropa salió de sus cuarteles con piezas de artillería, y habiéndose campo por entre la muchedumbre, se colocó frente al edificio.

En aquel momento solemne y de tanto peligro, pudo salvarse de entre las llamas el Sr. Peña y su familia, la cual fué echada por los balcones por medio de lazos hasta descanzar en

el piso de la calle. Los libros y muebles fueron con toda rapidez posible arrojados de la altura; pero fueron tan pocas las cosas que se escaparon de las manos del pueblo y del fuego, que bien puede asegurarse la total ruina de aquella familia.

Los estragos que iba haciendo aquel fuego comprimido, llamaron fuertemente la atención de los gefes de la tropa; perturbados los ánimos y sin saber que medio emplear en la extincion del incendio, les ocurrió la peregrina idea de hacer mas espantosa aquella situacion: abocaron las piezas en direccion de la casa; y cuando menos lo pensaba el Sr. Peña y la familia que estaban presentes, oyeron el estallido del cañon, las balas traspasaron las paredes, se simbraron los pisos del entresuelo, y el fuego enfurecido como el de un volcan, era arrojado por la brecha que el cañon acababa de abrir. Entonces el incendio se generalizó en toda la casa; las vigas cedieron, y la caída de las azoteas fué el triste anuncio de que aquella casa ó morada del Santo Sacerdote quedaba reducida á cenizas y escombros.

El pueblo moreliano tan amante de los ministros de Jesucristo, se rodeó del humilde sacerdote y llorando le acompañaban en su amargura; pero el Sr. Peña que siempre respetó la voluntad de Dios, correspondió dignamente al justo pésame que le daban sus amigos y compañeros.

Con este funesto acontecimiento que Dios le mandó, pudo dar á conocer su resignacion en las adversidades, su desprendimiento de las cosas de la tierra, su piedad y religion bien arraigadas en su alma, y la tranquilidad de su noble corazon. Job, en otro tiempo, dió un testimonio de su fé y de su esperanza ante sus parientes y amigos, al ver desaparecer de su vista sus ri-